

NOVELA POPULAR  
CINEMATOGRAFICA



Año IV  
Número 178

25 cts.

Protagonistas:  
Edmund Lowe  
Diana Miller

La barrera de un beso

Con este número se regala el tratado y biblioteca de LINDA FENYON

**Novela Popular**  
**Cinematográfica**

THE KISS BARRIER WLS

# **La barrera de un beso**

---

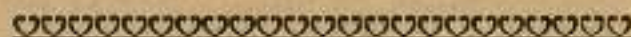
Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película del mismo título. Producción de la célebre casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm»: Valencia, 280

Protagonista: El "astro" de fama mundial  
**EDMUND LOWE**



**PUBLICACIONES MUNDIAL**  
BARCELONA — APARTADO 925





## PRIMERA PARTE

Hace algunos años, cuando el rico y el pobre fraternizaban bajo el fuego mortífero del campo de batalla, en la gran guerra europea, una noche, en el sector norteamericano, se seguía con interés, a la luz de los reflectores, que escrutaban las alturas, la lucha entablada entre dos aeroplanos.

Poco antes, por entre las nubes, se había vislumbrado el avión enemigo. Salió, para combatirlo, otro, pilotado por el protagonista de este relato, llamado Ricardo March, célebre autor que fué uno de los primeros en alistarse, para la guerra, en el arma de aviación.

Los que observaban la lucha, reconociendo al compatriota que en ella tomaba parte, exclamaron:

—¡Es Ricardo March otra vez! ¡Qué valiente y qué decidido!

El coronel Hale, íntimo amigo del aviador, se sentía gozoso de lo que sucedía.

De pronto, uno de los aparatos empezó a descender, vencido.

—March ha hecho caer el aparato enemigo. ¡Hurra!

Se equivocaron. El deseo les engañó. El aparato que caía no era el enemigo, sino el pilotado por Ricardo. Las llamas en que se consumía el avión, engañaron a los espectadores.

Casualmente, llegaron a tierra sin padecer ningún mal. El viento fué favorable, y el aparato aterrizó del mismo modo que si hubiese sido guiado para ello. A poco de estar en tierra, las llamas le habían devorado. Pero ya Ricardo y Nicolás O'Hara, su ayuda de cámara en tiempo de paz y su mecánico en la guerra, estaban fuera de peligro.

El coronel, desde el lugar en que lo presenciaba todo, se dió perfecta cuenta, al fin, de la realidad, ya inevitable. Mas no tardó en saber que a Ricardo no le había sucedido nada.

El piloto y su mecánico cayeron en un lugar donde el fango les llegaba a las rodillas, cosa desagradable, pues que si hubieran tenido que huir no habrían podido hacerlo.

—No tiene ninguna gracia caer entre tanto lodo —observó Nicolás.

—No te quejes de la suerte —le repuso Ricardo. Ya ves que, de cualquier modo, nos ha favorecido en gran manera.

—Es verdad... Pero...

—No hay pero que valga... Podíamos haber muerto y estamos vivos. ¿Qué más quieres?

—En efecto... Sin embargo, yo me siento húmeda la cadera. ¿Será sangre? ¿Estaré herido?

—No tienes nada, hombre, nada en absoluto.

Del campamento de donde Ricardo había salido para combatir al enemigo, al darse cuenta de lo que sucedía, salió una ambulancia para buscarle, temerosos todos de que si le hallaban sería muerto.

La conductora de aquella ambulancia, que era conocida en la buena sociedad de New York con el nombre de María Weston, era una de las mujeres más bellas que se pueden imaginar. Había presenciado el gesto de Ricardo, e iba en su busca con el corazón encogido por el temor de no hallarle o de hallarle ya sin vida.

Grande fué su sorpresa y su alegría, al comprobar que eran infundados sus temores, es decir, al ver que tanto Ricardo como su mecánico no habían sufrido ningún perenne. Exclamó, pues, gozosa:

—¡Qué suerte! ¡Ni siquiera heridos! ¡Al ver caer el aeroplano, todos pensamos que se habrían matado!

—Espero que el hecho de que no haya sido así no le cause una decepción...

Reía Ricardo al decir esto, y María, comprendiendo el por qué de aquellas palabras, sonrió también. Luego de una breve pausa, exclamó:

—Vámonos, no sea que ahora nos desmenesce una granada...

Se pusieron en marcha, lentamente. Por casuali-



dad, de súbito, María y Ricardo se encontraron solos. Ella dijo con entusiasmo:

—Lo que ha hecho usted, capitán, ha sido magnífico...

Con el mismo entusiasmo, Ricardo repuso:

—Ante usted, que es encantadora, lo más magnífico no tiene importancia.

Y dichas estas palabras, creció su entusiasmo, hasta llegar a una especie de delirio en el que se mezclaban la admiración y sin fin de cosas más, todas halagadoras para la joven, bellísima como un sueño. El delirio, que iba en crescendo, empujó a Ricardo a la acción: abrazó a la maravillosa criatura que era María y le dio un beso, intenso, hondo, encendido, en los labios; un beso todo pasión.

Ella le miró seria, con gesto de enfado. Ricardo inició una disculpa:

—Perdón... la verdad... yo no he querido ofenderla... pero es usted tan bella... tan encantadora...

Se separaron, sin cambiar ni una palabra más.

Terminada la guerra, Ricardo volvió a su vida de antes... Pero el recuerdo de aquella noche... y de aquel beso robado... seguía indeleble en su imaginación, hasta tal punto que, cuando se ponía a pensar en ello, le ganaba por entero una profunda tristeza.

Nicolás, que ya sabía la causa de aquella tristeza, le dijo un día:

—Tal vez vuelva usted a encontrar a esa joven algún día, señor...

—Nicolás, esa joven es la única mujer que me ha interesado en mi vida, la única a quien amo, pero aunque la encuentre será inútil... ¡Yo mismo levante la barrera que nos separa!

—Pero tal vez caiga... la barrera...

## SEGUNDA PARTE

Locamente enamorada de Ricardo, Susana Roget, primera dama de la compañía que estrenaba las obras de aquél, se había propuesto que su amor, de un modo u otro, fuese correspondido.

Al efecto, una mañana, acompañada de su doncella, se fué a visitar a Ricardo, esperando que, en la intimidad de una visita, éste le dijera algo que le diera pie a ella para declarar su pasión.

Prudente, la doncella observó:

—Quizá al señor March no le agrada que le visite usted. Dicen que es muy escrupuloso...

—¡No olvides que eres mi doncella y no mi profesora de urbanidad.

—Perfectamente...

Ya en la escalera de la casa donde Ricardo vivía, como Susana viese que sacaban muebles, concibió la idea de alquilar la habitación que quedase vacía e

irse a vivir allí. Envió a la doncella a informarse, y ella llamó a la puerta de Ricardo y dijo a Nicolás, que salió a abrirle:



—Avisé al señor March que vengo a visitarlo. Ricardo la recibió y ella, para disculparse, dijo:



Desen vez cómo están dispuestas las habitaciones de estos pisos, y me he tomado la libertad de venir a ver el tuyo... Se queda vacío uno, que no puedo ver ahora, y que pienso alquilar...

Cambiaron algunas palabras más, indiferentes. El propósito de Susana fracasó. Su doncella le fué a avisar que ya era hora de salir para el teatro... Se fueron... y la enamorada no sabía cómo dominar su tristeza.

Aquel mismo día, Ricardo envió a Nicolás con un encargo a casa del coronel Hale, al que dijo, también de su parte:

—El señor March celebrará mucho ver a usted de nuevo, señor coronel...

—Que venga cuando quiera...

Estaba presente la hija del coronel, Constanza, que también estaba enamorada de Ricardo. Así, cuando Nicolás se fué, dijo a su padre:

—¡Estoy emocionadísima, papá! ¿Crees tú que Ricardo se acordará de mí? La última vez que le vi estábamos en la guerra, en Francia, yo era una niña... Pero ahora soy ya una mujercita... ¿Me reconocera?

Ricardo fué aquella misma tarde a visitar al coronel y éste le dijo:

—El domingo tenemos una fiesta... Patinaremos en el lago... y Constanza, mi hija, quiere que venga usted.

—No olvidaré, entonces, el domingo.

Creyendo Constanza que esta respuesta era un indicio de amor hacia ella, se sintió feliz.

Llegó el domingo. Entre los invitados a la fiesta, se hallaba María Weston, la conductora de la ambulancia, a la que Ricardo hubo de besar, que era sobrina del coronel.

Su prima Constanza, refiriéndose a Ricardo, le dijo:

—Estoy enamorada de un hombre que es, en verdad, irresistible... ¡Cuando me imagino en sus brazos, muero de felicidad! Pronto le verás, pues no ha de tardar en venir, y si no te causa impresión... ¡puedes irte a que te vea un médico, pues que ello será prueba de que tu estado no es normal...!

Sonriéndose, María contestó a su prima:

—Ten cuidado, Constanza, que la mayoría de los héroes suelen tener los pies de barro...

—No sé cómo tendrá los pies mi héroe... pero es mi tipo... Y para que sepas quién es, voy a decirte cómo se llama, pues estoy segura de que lo habrás oído nombrar... Se llama Ricardo March.

María palideció, pero no dijo nada. Temerosa de que su prima descubriera la emoción que la embargaba, se esforzó por disimularla, sonriendo y bromeando. Pero, no obstante, un dolor punzante se había apoderado de su corazón. Saber que su prima estaba enamorada de un hombre que ella llevaba fijo en la memoria, era una gran contrariedad. No hizo ningún comentario más sobre el particular. Procuró distraerse, y distraer a Constanza, hablando de otras cosas, riendo, diciendo ingeniosidades, en fin, alejando toda posible referencia a aquel tema doloroso.



En esto, Ricardo llegó a la fiesta. El coronel se apresuró a presentarlo a aquellas personas que él suponía no le conocían. La primera de estas personas fue precisamente su sobrina, de la que dijo a él:

—Mi sobrina, la señorita María Weston...

La joven miró a Ricardo muy fijamente. Él, de emocionado que estaba, ni a mirarla a ella se atrevía. Tanto había soñado con ella, que ahora que la tenía ante sí, seguía creyendo que soñaba. Confuso, torpemente la saludó. Y ella, con perfecta calma, dijo:

—El señor March y yo nos conocemos...

Me recuerda —pensó Ricardo—. Pero, ¿cómo será su recuerdo de mí? ¿Desagradable? ¿Gozoso? ¡Oh, no poder, ahora mismo, salir de esta duda!

El coronel, acercándose a Ricardo, le dijo:

—Le he prometido a la señora Brown que escribiría usted un dramita para su Bazar de Caridad... ¡No me diga usted que no, amigo Ricardo!

Esta interrupción del coronel acabó con la escena de la que Ricardo no habría sabido cómo salir airoosamente.

## TERCERA PARTE

Llegada la tarde, que la fiesta había de continuar en el lago, una espesa niebla amenazaba con echar por tierra la diversión, con la que tanto había soñado Constanza. Hasta tal punto llegó la espesura, que el coronel, dándose cuenta del peligro, dijo:

—Me parece una imprudencia lanzarse a patinar en medio de esta niebla... Todos se atropellarían... Mejor será dejarlo para otro día...

—¡Yo no tengo miedo! —gritó Constanza.

—Ni yo —dijo María.

Ambas partieron veloces, en sus patines, entre otros cuantos que no tenían temor.

Al cabo de un rato, como no hubiesen vuelto, el coronel, preocupado, dijo:

—¡Hay que llamarlos! La niebla está espesando cada vez más... y temo cualquier desgracia.

Llamó, en efecto, varias veces. Volvieron todos los



patinadores... Todos, menos María... Pronto la echó de menos el coronel que, impaciente, preguntó a todos por ella. Uno de los patinadores le contestó:

—¿La señorita Weston? Se alejó sola... y la perdimos de vista... Después no la hemos vuelto a ver. Yo creo que ya estaría aquí.

—¿La desgracia que yo me temía!— dijo con voz apenada el coronel.

—No se apure usted— le dijo Ricardo, acercándose a él y consolándole con la mirada.—¡Yo la encontraré!

Y partió, veloz, en busca de su amada. Le empujaban, para llevarla, unas alas invisibles: las del amor, fuertes y consistentes como no hay ningunas otras.

Hubo de dar muchas vueltas y revueltas, entre la niebla. Al fin, columbró a María. Estaba tendida en el suelo, desvanecida. Corrió hacia ella y, al llegar, gritó:

—¡Señorita Weston! ¡María!

Volvió con ella, desvanecida como estaba, adonde todos los demás, impacientes y temerosos de algo irremediable, esperaban. Iba con el corazón dolorido y gozoso al mismo tiempo. La depositó en manos del coronel, su gran amigo, y le dijo:

—Les suplico que no digan a la señorita Weston que la fui a buscar y que la encontré yo. Prefiero que no lo sepa...

Respetando las razones que Ricardo tuviera para esta petición, razones por las que nadie preguntó na-

da, todos dijeron que se cumpliría lo que deseaba. Después de esto, Ricardo se despidió.

Pasaron varias semanas, sin que tuviera noticia alguna de María, ni de nadie que pudiera hablarle



de ella. Vivía triste, apenado, sin apetencia de nada. Como si estuviera solo, un día dijo, en voz alta:

Sonar... esperar... hallar por fin... para volver a perder... tal es el capricho del destino...

Nicolás, que estaba ante él, y que le oyó, creyendo

adivinar a qué se referían aquellas palabras, le dijo, creyendo consolarle:

—¿Quién sabe! Cuando menos lo piense, la encontrará usted, señor...

—La encontré, Nicolás, hace unas cuantas semanas... pero volví a perderla...

—¿La perdió por la harrera, por esa harrera que usted dice que existe?

—Sí. La harrera de un beso robado nos separa... Una harrera que yo no sabré nunca saltar...

Susana, que ya vivía en el piso de enfrente al de Ricardo, no dejaba de observar nada de lo que en casa de éste sucedía. El amor la tenía vigilante. Así, aquel mismo día tuvo una desagradable sorpresa. Una joven, sola, llegaba a visitar a su amado. Aquella joven era Constanza, a la que Ricardo, todo extraño, le dijo después de saludarla:

—¿Cree usted que a su padre le parecerá bien que venga usted a mi casa... sola?

—Para tranquilidad de su conciencia, le advierto que mi prima María me está esperando abajo...

—¿La espera? ¿Por qué no ha subido?

—¿Que por qué no ha subido? ¿Acaso se cree usted que está loca por usted? Si se lo cree, le diré que no es cierto...

—Yo no me creo nada de eso, Constanza, pero me parece una cosa natural que hubiera subido con usted.

—Si se lo cree, aunque ahora lo niegue... Lo sé. Le vió en la guerra, la salvó usted...

—Pero ella no debió saber esto nunca...

—No sé si lo sabe o no. Pero usted acaso sospeche que alguien se lo ha dicho y que, al saberlo, enloquecería de amor... En fin, allá usted con sus creencias...

Ricardo estaba tan confundido, que no acertó a decir una palabra más.

Constanza, mirándole fijamente, y creyendo que su aspiración iba por buen camino, no se sabe por qué, pues que la actitud de Ricardo no era para formarse ilusiones, dijo de pronto:

—Con su permiso, Ricardo, iré a ver si persuado a mi prima para que venga a reunirse con nosotros.



## CUARTA PARTE

Y así fue como Ricardo se vió otra vez ante la mujer amada. Y, por fortuna para él, con más tranquilidad de ánimo que en las otras ocasiones. Esperaba, por lo tanto, desde el primer momento, intentar derribar la barrera, creada por él en instantes de admiración acendrada y de delirio del que no era, a su juicio, responsable, toda vez que se había originado de la impresión causada en su alma por la maravilla de encanto y de hermosura que era María.

Como ésta, al saludarle, sonriera divinamente, su alma se sintió fuerte. Así, en cuando se presentó ocasión propicia para ello, dijo a María:

—Permítame usted, se lo ruego, que le explique lo que pasó aquella noche en mi alma... allá en Francia... Permítame que se lo explique, porque necesito que usted me comprenda y me perdone...

Con un gesto delicado, y de suma distinción, Ma-

ría le indicó que podía hablar. Y entonces Ricardo refirió, sin decir que se había enamorado desde el primer momento, porque esto habría falseado el relato, todo lo que pasó en su alma aquella noche. La subida a combatir el aparato enemigo, su caída, entre llamas, a tierra, la idea del peligro que no se podía eludir y el gozo de verse sano cuando se creía tener cerca la muerte. Como final, la aparición de ella, hermosa, bella, radiante, capaz de hacer enloquecer. Entonces, un ímpetu que nace en el pecho y que no se puede dominar, de besar los labios encendidos. Se robó el beso, que quizá sea un crimen, pero un crimen que merece perdón por parte de la persona robada.

Comprendiéndolo así, María perdonó.

—No tiene usted idea, señorita, de lo que significa para mí su perdón... porque yo... porque... para muchas cosas que tengo que decirle... y que le diré, aquel beso era una barrera. Perdonado ya, la barrera no existe... y hable...

—¿Pero cómo no había de perdonarle si para persuadir no tiene usted rival?...

Al oír esto, Ricardo hubiera querido persuadirla, sin tardanza, de su amor. Pero llegó en esto el coronel, y las palabras encendidas que empezaban a nacer en su mente hubo de dejarlas para otra ocasión.

El coronel, al acercarse, le dijo:

—Y bien, ¿cuándo tendrá usted listo el drama que le pedí para el Bazar de Caridad?



—Lo escribiré en seguida—respondió,—si la señorita Weston quiere ser mi inspiradora...

Maria le miró al fondo de los ojos, como queriendo descubrir lo que había detrás de ellos...

Hubo una pausa. Volvieron a quedar solos. Ricardo le preguntó, de súbito:

—¿Estará usted en su casa mañana por la tarde?

—Sí.

—¿Podré ir a verla?

—Vaya usted.

—Tengo tantas cosas de que hablarle...

Le espero.

Radiante de alegría, Ricardo se despidió. A poco de haber llegado a su casa, entró la doncella de Susana, toda pálida, y le dijo:

—Venga usted... Pronto... La señorita se ha desmayado...

Ricardo acudió al llamamiento. Recogió a Susana, que parecía estar desvanecida. Esta, al verse en los brazos de él, le abrazó y empezó a decirle al oído palabras apasionadas. Molesto, él la dejó en una butaca, exclamando:

Estas comedias son absurdas, infantiles e inútiles...

Pero Susana había preparado muy bien la comedia tachada de absurda. Tan bien, que media hora después Maria sabía todo lo sucedido, aunque muy bien amañado en contra de Ricardo. Del relato que hicieron a la joven de la escena, se quedaron especialmente grabadas en su mente estas palabras:

Y, teniéndola en sus brazos, estaba haciéndole

el amor... Ella le besaba... El, el muy hipócrita, la besaba a ella.

A la tarde del día siguiente, Ricardo se apresuró a acudir a la cita que había dado a Maria, henchido el corazón de esperanzas. Bien lejos estaba de imaginar el recibimiento que iba a tener, y más lejos aun de sospechar las causas a que obedecía. Así, cuando Maria le recibió, ni siquiera se dio cuenta del gesto hosco de la joven. Fueron necesarias sus palabras para que él advirtiera que no se le recibía con agrado. Tales palabras, duras, brotaron de los labios de Maria como una queja.

—He comprobado—dijo—que mi primitiva opinión respecto a usted, estaba plenamente justificada...

Al pronto, ya lo hemos dicho, Ricardo no podía sospechar el por qué de aquella repulsa. Guardó, pues, profundo silencio. Pero luego de una breve pausa, temiendo cualquier treta de Susana, quiso explicar lo que sucedía entre ésta y él, y dijo:

—Señorita Weston, por Dios... No me juzgue sin escucharme... Déjeme que le explique...

—Todas las explicaciones son innecesarias... Y no quiero volverle a ver...

Ricardo creyó que se le caía el mundo encima. Tan grande fué su pesar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer al suelo. Por fortuna para él, llegó el coronel en aquel instante y, sin percatarse de lo que sucedía, le preguntó:

—¿Qué, me hizo usted ya el drama?

—No, pero lo haré... Dentro de poco lo tendrá... Estará hecho con datos arrancados de la realidad...



## QUINTA PARTE

Pocos días después se celebraba, en la casa del coronel Hale, la fiesta del Bazar de Caridad. El mayor atractivo del festejo lo constituía el estreno del drama de Ricardo, escrito expresamente para aquel objeto. Con este motivo, acudieron muchas más gentes a la fiesta de lo que era de esperar. Ricardo procuró colocarse cerca de María, pues aquella noche era cuando creía que, definitivamente, se había de resolver, en absoluto, la situación en que se hallaban.

El drama, breve, sintético, era una visión exacta del encuentro que había tenido él con María en el campo de batalla, terminando cuando él robaba el beso, ante cuyo hecho, simbólicamente, al caer el telón, se abría un abismo, que los separaba para siempre al uno del otro. Quiso significar de aquel modo, más visible, la barrera a que en toda ocasión

había hecho referencia. Pero en el drama pintaba con tanto fervor sus sentimientos, animados con el ropaje artístico, que María forzosamente habría de darle libertad, en lo sucesivo, si era sensible como



él creía, para que derribara totalmente la barrera.

En medio de la representación, creyendo haber advertido en María un movimiento de simpatía, se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa:

— ¡Perdón!



Y como ella le mirara sin rencor, antes bien con agrado, añadió:

— ¡Compréndalo...! ¡Era el efecto de aquella devastación... el horror de tantas tragedias... que sentía mis nervios en estado normal... Entonces llegó usted, como una aparición... ¿Qué iba a hacer yo? Ahora, aunque no me perdona, quiero decirle que no hay ni habrá nunca, para mí, otra mujer en el mundo... Y que guardaré mi amor, en el corazón... como una sagrada reliquia...

— Empiezo a comprender, viendo su drama, lo que pasó en su alma aquella noche.

— Entonces, ya no me cabe duda, me perdona.

— Sí, le perdono... Pero de eso hablaremos otro día... mañana... ¡Tengo tantas cosas que decirle! Pero no ahora, se lo suplico...

— Espero confiado en que sabrá ser justa... Todo lo que tenga que decirme, contrario a que yo la ame, póngalo en duda... No será verdad... Desde aquella noche de Francia, yo no he vivido nada más que para amarla...

Terminó la función. La vivienda de Ricardo estaba muy lejos. El coronel ya tenía pensado que pasara allí la noche. Se le había preparado habitación. Fueron despidiendo, él y el coronel, a los invitados. Constancia no se veía por ninguna parte. Su padre, con el traje, no la había echado de menos. Luego, cuando se dio cuenta de que no estaba, creyó que se había ido a dormir. María, que también se quedaba allí, se retiró a descansar, sin poderse despedir de su prima. Lo propio hizo Ricardo, momentos después.

A poco, cuando hacía un instante que había llegado a su habitación, oyó, a su espalda, un ruido extraño. Antes de que tuviera tiempo de volver la cabeza, una voz temeraria, que no reconoció al pronto, dijo:

— No se asuste. Es una visita inesperada.

Era Constancia, que ya frente a frente de Ricardo, añadió:

— ¿No le agrada a usted verme?

Vuelto en sí de la sorpresa, Ricardo dijo:

— ¿Pero no se da usted cuenta de lo que significa que pudieran encontrarse aquí... en mi habitación... sola?

— Si no me diera cuenta, ¿crec usted que habría estado más de una hora metida en el armario ropero?

— Si alguien se enterase de todo esto su reputación quedaría comprometida...

— ¡Usted piensa en todo!

— ¡Es preciso que salga usted de aquí, Constancia!

— ¡No se excite usted!

— Váyase, se lo ruego, sino, gritaré...

— No grite, no, me marcharé sin necesidad de que grite. Pero, ¿es posible que no me quiera usted ni un poquito, queriéndole yo tanto como le quiero?

Antes de que Ricardo hubiera podido rehacerse del efecto de aquella confesión inesperada, Constancia se marchó, con el alma anegada en pena, porque acababa de descubrir que todas sus esperanzas se hundían, se hundían inexorablemente.



## SEXTA PARTE

Pero, cuando apenas había salido, reaccionando contra su debilidad de un momento, toda vez que era mujer de ímpetu y de pasión, volvió a entrar de nuevo y, encarándose con Ricardo, que aun no había salido de su estupor, le dijo con voz dura y enérgica:

—Supuesto que no me quiere ni un poquito, hágame el favor de marcharse inmediatamente de esta casa, donde yo no le vea, que no puedo verle.

—Pero Constanza, ¿qué dice usted, qué hace usted?

—Usted sabía que yo le adoraba y, sin embargo, jamás hizo nada para quitarme las esperanzas.

—¿Que yo sabía... que usted me adoraba...?

—Sí lo sabía, ¿o es que acaso es usted ciego que no ha visto mi pasión?

—Perdón, Constanza... No había visto nada... no sospechaba nada... No ha habido, pues, en mi acti-

tud nada de lo que supone... ¿Cómo había yo de tener intención de causarle ningún mal?

—Bueno; pues ahora ya lo sabe usted todo... Y si me rechaza, soy capaz de... de...



Todo esto lo había dicho Constanza en voz tan alta, que el coronel había despertado, se había vestido y había acudido a ver lo que sucedía... Lo propio le había ocurrido a María. Ambos llegaron al mismo tiempo... cuando Constanza acababa de decir las últimas palabras.



Esta, al ver llegar a su padre, vaciló en su actitud. El le preguntó:

—¿Qué es esto, qué significa esto, hija mía?

—Papá... Me dejó que le quisiera... que lo idolatrara... y ahora se ha cansado de mí...

—¿Qué dices? ¿Que le quieras... que se ha cansado de ti?

—Sí, papá... Y después de esto, yo quiero morir...

Interpretando las palabras de su hija en el sentido que tenían, que era bien claro, aunque nada más lejos de la verdad por lo que a Ricardo se refería, el coronel dijo a éste, con gran severidad:

—Luché al lado de usted en Francia y creí que era un hombre de honor, pero veo que me habla equivocado... supuesto que ha ultrajado usted mi amistad y mi hospitalidad.

—Coronel Hale, estimado amigo mío—exclamó Ricardo con toda la sinceridad de que era capaz,—le juro que se equivoca. Sin embargo, no hay más recurso, por el momento, que marcharme. El tiempo le demostrará que jamás falté a mis deberes para con usted.

Advertiendo la sinceridad de las palabras de Ricardo, el coronel miró a su hija fijamente y le preguntó:

—¿La verdad! ¿Contesta! ¿Te hizo alguna vez el amor Ricardo?

Maria intervino, con un ímpetu insospechado, exclamando:

—¡Jamás! Lo aseguro... Ricardo no le ha dicho nunca una palabra de amor. Lo que ocurre es que

como ella le ama, ha tomado por amor la amistad de él... Si no es esto, la cosa es más grave... Digo más grave, porque en ese caso mentiría deliberadamente...

Viendo el fuego que María ponía en sus palabras, el coronel le dijo:

—¡Ah! ¿También tú le amas? Si es así, no lo niegues...

—Sí, también le amo—dijo Constanza,—pero yo le amo desde mucho tiempo antes que ella y no dejaré que se lo lleve... Lo quiero para mí... Es mi sueño de toda la vida... desde que era niña...

Temiendo perderlo, ahora que ya le creía suyo, María corrió hacia Ricardo y abrazándolo, exclamó:

—Ricardo, Ricardo mío! ¡Te amo!... ¡Llévame contigo! Desde que me robaste un beso, que fué de fuego, hay una barrera entre nosotros, la barrera de un beso, pero no como tú te la imaginas, sino de índole bien distinta... Esa barrera que formó tu beso, servía para que nadie más pudiera acercarse a mi corazón... Vámonos. La felicidad nos espera...

Salieron, abrazados. Ya en la calle, Ricardo, que seguía preocupado, dijo:

—El coronel Hale nos ha echado de su casa... ¿Qué dirán las gentes?

—Si me quieres, ¿qué importa lo que digan? Como te quiero, a mí no me importa nada.

Cuando se hubieron marchado, Constanza, comprendiendo que todo estaba perdido, perdonó, pues que nadie tenía la culpa de lo que sucedía, y dijo a su padre:



NOVELA CINEMATOGRAFICA

—Papá, he mentido, porque amaba mucho a Ricardo. Pero lo cierto es que jamás me ha dicho una palabra de amor.

El coronel llamó a un criado y le ordenó:

—Ve en busca de Ricardo y de María... Diles que vuelvan aquí inmediatamente, que ya está todo arreglado...

Pasado un rato, se oyó rumor de besos, que llegaba de fuera. Era que se acercaba la enamorada pareja.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de  
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART AGORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRES	WILLIAM S. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	BESSIE HAYAKAWA
ROSCOE ARBUCLE (Fatty)	WALTER HIBBS
RICHARD BASTELMER	HELEN HOLMES
ENNID BENNETT	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BRENAT	CLARA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK HOBBS
CONSTANCE BIDNEY	CHARLES HUTCHINSON
GEORGE BISSETT	GARY HUGGS
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NAROTA CAPRI	BONOUALT JOUBE
JUNE CAPEICE	LEATRICE JOY
HARRY CARRY (CATENA)	ALICE JOYCE
JAWHL CARMEN	BLANK KARENNE
IRENE CASTLE	TILDA KASHAY
MARGARITA CLARCK	BUSTER KEATON (Pamplinas)
JANE COWLEY	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Lucille)	BOBIS KENTON
ELENA CHADWICH	NORMAN KERRY
LON CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlie)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charlie)	JAMES KIRKWOOD
(paseo)	NATALIA KOWANNO
DOROTHY DALTON	LAURA LA-PLANTE
VIOLA DANA	DOUGLAS MAC LEAN
BEBE DANIELS (Eda)	VICTORIA LEBLANC
HELENA DARLY	MITCHELL LEWIS
RACHEL DAVIES	ELMO K. LINCOLN
PRISCILLA DEAN	MAT LINDER
CAROL DEMPSTER	ANNA LITTLE
REGINALD DENNY	BERT LITTLE
WILLIAM DESMOND	MARGARET LIVINGSTONE
KENIA DESNI	LUISE LORRAINE
KATHERINE MAC DONALD	BESSIE LOVE
LUCE DORAIN	LOISE LOVELY
WILLIE DOVE	HAROLD LLOYD (Ed)
WILLIAM DUNCAN	MACISTE
MISS DU-POIN	CHARLES MACK
MAXINE ELLIOT	GINETTE MADDE
ELIZABETH FAIR	LYA MABA
DOUGLAS FAIRBANKS	MAB MARSH
FRANKLIN FARNUM	MARGARET MARSH
WILLIAM FARNUM	SHIRLEY MASON
GERALDINE FARRAR	M. MATH
ELITE FERGUSON	FRANK MAYO
MARGARET FISHER	THOMAS MEIGHAM
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	MARY MILES MINTER
ALBO H. FRANCIS	SANDRA MILOWANOFF
PAULINA FREDERICK	GASTON MITCHELL
MAUD GEORGE	TOM MIX
EDUARDO (BOOT) GIBSON	BLANCHE MONTEL
JEQUELINE GODSON	TOM MOORE

ANTONIO MORENO  
 JACK MULHALL  
 MAE MURRAY  
 RENEE NAVARRIN  
 ALLA NAZIMOVA  
 POLA NEGRI  
 ANA Q. NILSON  
 MABEL NORMAND  
 MABEL OSBORNE  
 BENA OWEN  
 DARY PAGE  
 JEAN PAGE  
 LITVIO PAVANELLI  
 DORIS PAWN  
 KILLEN PEROT  
 HOUSE PETERS  
 MARY PHILBIN  
 JACK PICKFORD  
 MARY PICKFORD  
 EDDIE POLO  
 HENNY PORTER  
 MARIA PREVOST  
 PRINCE (Ballettiano)  
 HERBERT RAWLINSON  
 CHARLES RAY  
 WALLACE REID  
 FRITZE RATGEWAY  
 M. RINSCKI

CAMILO DE RISSO  
 WILL ROGERS  
 RUTH ROLAND  
 MARCELLE ROLLET  
 WILLIAM RUSSELL  
 PATSI RUTH MILLER  
 JOE RYAN  
 CLARISE SELWYNE  
 LARRY SEMON  
 GUSTAVO SERENA  
 PAULINE STARR  
 ANITA STEWART  
 GLORIA SWANSON  
 CONSTANCE TALMADGE  
 NOEMA TALMADGE  
 ALICE TERRY  
 OLIVE THOMAS  
 MADELAINE TRAVERSE  
 RODOLFO VALENTINO  
 VIRGINIA VALLI  
 VERA VREGANI  
 MARIA WALCAMP  
 GEORGE WALSH  
 GLADIS WALTON  
 FANNIE WARD  
 PEARL WHITE  
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Des por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por  
 Giro Postal a **Publicaciones Mundial**. Apartado de Co-  
 rreos 925. Barcelona.



## FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal . . . . .	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques . . . .	Temporada	5'— »
Blouse Ideal . . . . .	"	2'50 »
Chapeaux Modernes . . . .	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisien . . . . .	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de Promenade . . . . .	"	3'— »
Mode de Paris . . . . .	"	3'— »
Mode Nationale . . . . .	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions . . . .	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3'— »
" " Ceremonies . . . . .	"	5'— »
" " Blouses . . . . .	"	5'— »
" " Enfants . . . . .	"	3'— »
" " Lingerie . . . . .	"	5'— »
" " Tailleur . . . . .	"	5'— »
" " Gentlemen . . . . .	"	5'— »
Fashions . . . . .	"	5'— »
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5'— »
Paris Chic . . . . .	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants . . . . .	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes . . . . .	"	2'25 »
Ultima Elegancia . . . . .	Mensual	1'25 »
Tres Chic . . . . .	"	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona